

Sobre el disentido topónimo «Pirineos»

Por Manuel F. Escalante

Qui nous délivrera des grècs et des romains!

Como es notorio, la áspera orografía del Alto y también del Bajo Aragón está surcada de abundantes topónimos prerromanos, y aun preindoeuropeos, proclamadores del común origen ibérico. Para no ir más lejos, el nombre “autóctono” de Zaragoza, Zalduba, perfectamente significativa a través del vascuence actual; o, para circunscribirnos a nombres consabidos para cualquier jacetano, Zuriza (Zuri-iza), Oroel, Gavárniz, Benézkue y tantos otros sobre los cuales no tenemos espacio aquí para extendernos. Sin embargo quisiéramos centrarnos en la posibilidad de una identificación “autóctona”, es decir vasco-ibérica¹, para el nombre de la cordillera tutelar de estos valles, los montes Pirineos, que, como nos enseñaban en el bachillerato, “nos separan de Francia”; claro está que de la actual Francia, cuyos límites se fijaron, más o menos, a finales del XVII, no así, seguramente, en la época en que fueron bautizadas las heladas alturas cuyos puertos no separaban entonces sino comunicaban a gentes de similar contextura idiomática y étnica, habitantes —al menos— de las tierras entre el Ebro y el Garoña.

Pues bien, muchas interpretaciones, algunas sin duda pintorescas, se han dado sobre el nombre de la cadena montañosa que se extiende desde el golfo de Vizcaya al de Rosas; no es la menor la que alude al fuego, como si en otros montes, o en todos los montes, no se hubiesen, “desde siempre”, provocado incendios por los dueños de ganado para trocar el bosque en pastizales. Vamos, mejor, a intentar entroncar el topónimo “Pirineos” en la lengua que, con casi absoluta seguridad, se hablaba en los valles montañoses muchos siglos antes de las penetraciones indoeuropeas.

Dos explicaciones, con similar grado de probabilidad, se ofrecen a nuestra constatación; ambas coinciden en aludir al vocablo *Annay-os*, o sea “hermanos”, según el siguiente esquema:

1. Se emplean, por brevedad, los términos vasco e ibero —del modo ya anotado por Menéndez Pidal— en sentido evidentemente impreciso, para designar lenguas análogas al vasco. (Véase MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre toponimia iberovasca de la Celtiberia*, en “Toponimia prerrománica hispánica”. Madrid (Gredos) 1968, pp. 253 ss.)

Pir(i) — \bar{A} nnaios, es decir:

Piri, que en éuskera actual posee una significación onomatopéyica, indicadora de una sucesión no interrumpida y agitada de cosas.

Annayos, que da 'Enneos': ai en hiato >
 ai en diptongo >
 e en monotongación.
 annaius >
 aenneus.

Es decir, sucesión ininterrumpida o agitada (convulsa) de montes gemelos, hermanos. La capacidad poética del éuskera para crear metáforas lexificadas se ofrece, como puede verse, con la virtualidad que todos sus estudiosos le atribuyeron, del Padre Larramendi en pos. Tal vez, en principio, el término designó únicamente al macizo central, notoriamente más agreste y salvaje, y aún, quizá, a los picos conocidos hoy —en un consabido proceso de "retraducción"— por "las tres Sorores", extendiéndose, por metonimia, al resto de la barrera montañosa. Otra posible solución nos vendría dada si el significado del término *bir* ('biren') lo connotamos por el castellano *dos*; en ese caso la palabra *Pirineos* se traduciría, lo que es coherente, por *Los dos hermanos*, los dos gemelos, los dos semejantes, aludiendo a dos cumbres cualesquiera de particular semejanza situadas, por ejemplo, en la cabecera de un valle, quizá a los dos picos más altos del propio macizo de las tres Sorores². Aún quedaría una tercera interpretación, menos "sencilla" que las anteriores, más "complicada", si traducimos *bir* por 'remolino' (o en sentido menos lato, 'alud' o 'torbellino') o giro alocado del viento, lo cual, como bien saben los montañeros locales, es perfectamente experimentable al pie de las Sorores, y en otros muchos lugares de la cordillera por supuesto. En este caso sería "el torbellino (de nieve o de aire) al pie de los (montes) hermanos". En cualquier caso la utilización del éuskera actual, con todas las variaciones posibles y admisibles transcurrentes en dos mil años, ofrecerá más posibilidades de variabilidad para interpretación de topónimos "ancestrales", que sin duda ya existían mucho tiempo antes de que el primer griego (y no digamos el primer romano) hubiese pisado por primera vez el difícil suelo de la Península Ibérica, según el principio sociológico afirmante que, de varias teorías, es preferible la que, con la misma eficiencia en los resultados, se apoya en los datos menos sorprendentes.

2. Véase como ejemplo ilustrativo la existencia de los dos Annayet (*Annay-et*), situados en la proximidad de la confluencia de las tres canales: Roya, Izas y Astún.